

La escuela cristiana como alternativa educativa: algunas reflexiones desde el pasado

TEODULO GARCIA REGIDOR

Se me pide que, partiendo del 'ayer' de la escuela cristiana, trate de reflejar lo que, proyectado a través de la historia, debería ser o debería no ser la escuela cristiana del futuro. El intento de tal propuesta puede parecer ambicioso, tal vez osado, pues para una recta interpretación de la misma serían necesarias, al menos, dos cosas: la primera, conocer profunda y ampliamente la historia de la escuela cristiana, un conocimiento que fuera más allá de los tópicos o de las imágenes estereotipadas; la segunda, evitar caer en un peligro fácil: la transferencia, hecha de forma simple, y, por tanto, ahistórica, de las situaciones del pasado a los modelos posibles del presente y del futuro. En este sentido es necesario dejar claro que no es posible, en un sentido amplio, entender, analizar y valorar los caracteres de la escuela cristiana del pasado como líneas de fuerza que señalen por dónde debe ir la escuela cristiana del futuro.

Lo que sí puede ser útil es el conocimiento de algunos fenómenos, situaciones o rasgos que han caracterizado a la escuela cristiana en el pasado —en el interior de ella misma o en su relación con la sociedad y con la cultura—, delimitar cuál ha sido el modelo educativo de la escuela cristiana y su relación con otros mo-

delos educativos contemporáneos... y, sin querer trasladar los elementos del pasado a la situación futura, sí puede resultar válido y positivo ver cómo ciertos fenómenos y ciertas situaciones vividos por la escuela cristiana han generado unas respuestas en el pasado, y cómo esta escuela nuestra, que es continuadora natural de aquella escuela, puede o no puede responder a los retos del presente, bien porque haya aprendido a lo largo de su historia, bien porque el lastre acumulado durante algunos siglos le impida una respuesta creativa en los tiempos presentes.

Hay que advertir también del riesgo de toda generalización. Lo que se afirme como característica de la escuela del pasado puede ser atribuida a unas más que a otras; algunas escuelas cristianas pueden sentirse no aludidas o no incluidas dentro de lo que, en términos generales, atribuimos a la escuela cristiana. Esta misma observación vale para las diversas épocas históricas de la existencia de la escuela cristiana.

Pues bien, dicho lo que antecede, he aquí el contenido de estas reflexiones: prescindiendo de los 'relatos' del pasado aunque utilizando una cierta referencia a los mismos, procuraré ver cómo ha sido la escuela cristiana del pasado, cómo ha respondido a ciertos retos de su tiempo..., y luego intentaré mostrar si eso puede decirnos algo en relación con el modelo educativo que la escuela cristiana proyecta para hoy y para mañana.

Una última precisión antes de desarrollar los puntos siguientes: lo que aquí se afirme, con más o menos precisión y rigor, se refiere a la escuela cristiana en el contexto español sobre todo, ya que, obviamente, es el terreno al que puedo asomarme con un mínimo de garantía y de objetividad.

1. Clausura y apertura culturales

Los adversarios de la escuela cristiana han criticado reiteradamente en el pasado el carácter cerrado de la misma. Desde la perspectiva que nos da la historia podemos afirmar como cierta buena parte de esa crítica, aunque debamos extenderla también

a otro tipo de escuela, especialmente a la escuela estatal y pública. Pero ciñéndonos a la escuela cristiana, hemos de referirnos a un modelo de escuela que, como reflejo de una sociedad homogénea y en cierto sentido monolítica, ha vivido más hacia el interior de ella misma, tendencia hacia la reproducción de un modelo de cristiandad, tendencia al poselitismo, reproducción de un modelo de la escuela de cristianos para cristianos, que hacia la sociedad exterior, hacia una cultura abierta, hacia un diálogo con los otros componentes del proceso de personalización y de socialización de los educandos.

Se puede decir que este carácter cerrado era fruto natural de su tiempo, que la sociedad era cerrada; la cultura, poco permeable, y el modelo de educación vigente, hermético y permanente. Pero es justo reconocer que mientras ciertas corrientes del pensamiento educativo de finales del siglo XIX y de comienzos del siglo XX exigían una apertura hacia las corrientes del pensamiento herederas de la modernidad; cuando muchos reformistas de la educación pedían que la escuela, toda escuela, dejara de ser un reducto al que tardaba en llegar la modernidad, la libertad y las exigencias del proceso secularizador; mientras algunos modelos escolares tipo Institución Libre de enseñanza, por ejemplo, sabían adelantarse al ritmo que imponía la educación tradicional y cerrada de su tiempo... las escuelas cristianas, en su mayoría, o, si se quiere, el 'modelo habitual' de la escuela cristiana, permanecía anclada en una concepción cerrada sobre la sociedad, la cultura y la misma educación.

Es cierto que la fidelidad a un credo católico y a una teología ancladas en el pasado, considerados como el alma y el espíritu de toda escuela cristiana, constituían el obstáculo para una salida al encuentro de la modernidad, sobre todo cuando ésta se presentaba, como era en la mayoría de los casos, con caracteres laicos, con una interpretación libre del hecho religioso y cristiano... o cuando, entre los elementos más beligerantes, se afirmaba que el atraso de la cultura española se debía al dogmatismo, al miedo a la libertad y a la cerrazón cultural que la Iglesia imponía a sus escuelas y, en el fondo, a toda la educación española.

Un recorrido por la historia de la educación a comienzos del siglo XX —aunque también ya avanzado el siglo— nos da buena parte de razón acerca de la escuela cristiana como ‘lugar cerrado’ sobre todo en el ámbito de las ideas y de la cultura. Podemos afirmar sin rubor que la fe católica ha proporcionado a la escuela durante mucho tiempo ‘saberes cerrados’, miedos injustificados a la verdad y una gran lentitud para abrirse a los tiempos modernos. Podemos afirmar también que la escuela cristiana, fácilmente acomodable a los períodos de estabilidad y de homogeneidad social, ha sido más reproductora del orden social vigente, sancionado por la fe católica, que creadora de proyectos educativos nuevos.

El lastre del pasado ha querido ser eliminado por la apertura iniciada desde el Concilio Vaticano II. En él, el diálogo con la cultura y con la sociedad ha propiciado la emergencia de un estilo de ser Iglesia y de ser creyente nuevo y distinto. La fe no es obstáculo para el diálogo con la ciencia, con la cultura y con el mundo de las ideas. Es más, desde la fe cristiana, renovada y renovadora, se invita a crear modelos educativos abiertos a todos; desde la fe cristiana, con vocación de servicio universal, se nos invita a superar una escuela católica ‘al servicio de la Iglesia, y, por tanto, de los cristianos, cuya fe se trata de confortar’. Este modelo de escuela cristiana, cerrado en sí mismo, era el reflejo de una Iglesia de cristiandad. Hoy —y mañana— estamos pasando «a un concepto de escuela católica, como servicio asegurado y garantizado por la Iglesia, en favor de todos los que, sean quienes sean, solicitan su ayuda, su enseñanza, su educación, en favor del mundo y no, sobre todo, de la Iglesia»¹.

Este talante de apertura no debe limitarse tan sólo a las personas —sobre todo cuando se tiene en cuenta la progresiva disminución de creyentes que piden ‘educación católica’—, sino también a las estructuras de la escuela y a la relación con la cultura real que viven los hombres y mujeres de hoy. En este sentido es de desear que el lastre de pereza y cerrazón de

¹ P. LAMOTTE, *Guide pastorale de l'enseignement catholique*, Droguet-Ardaut, Limoges, 1989, p. 21.

décadas —y aun de siglos— no impida a la escuela cristiana realizar un esfuerzo de búsqueda de un modelo educativo abierto, dialogante, misionero.

2. Bajo el síndrome de la hostilidad

La escuela cristiana ha vivido, en cierto sentido y en ciertas épocas, bajo el síndrome del acoso y de la hostilidad. Algunos se atreverán a decir que también de persecución.

Es innegable que también en este aspecto la historia confirma tal aseveración. Fuera debido a motivos derivados de un feroz anticlericalismo, al furor desatado de los laicistas o a un exagerado y precipitado deseo de secularización, lo cierto es que, desde hace más de cien años, la escuela cristiana, sobre todo en algunos países del sur de Europa, ha sufrido un acoso que ha ocasionado o bien el repliegue de la escuela cristiana sobre sí misma o la búsqueda de protección del poder político, generalmente afín a la Iglesia.

En España, sin haber llegado al extremo de persecución laicista ocurrido en Francia, tenemos sobrados ejemplos del acoso, de la crítica a ultranza, de la descalificación y de la amenaza. Durante buena parte del siglo XX ha sido visible la hostilidad de los intelectuales y de los políticos de izquierdas a la educación 'congregacionista' y a la escuela cristiana: desde el furor belicista de la «Escuela Moderna», de Ferrer Guardia, a las descalificaciones casi continuas de «monopolio abusivo», de querer dominar a su antojo la vida espiritual de España, de ser «privilegiado del capital» o de ser una enseñanza «plagada de defectos» y «equivocada de fecha», pasando por los intentos de drástica limitación (recrear la «Ley del Candado»), hasta la seria amenaza de supresión de las escuelas confesionales, cuyo hecho más significativo fue la 'persecución' escolar durante la Segunda República española. Aún hoy es clara la tendencia, larvada o manifiesta, de grupos políticos hacia la hostilidad, la incompreensión o el ataque a la escuela cristiana.

Toda la historia de la animadversión y de la hostilidad a la escuela católica ha propiciado, como digo, al menos estas situaciones:

- Por una parte, la tendencia lógica derivada de toda persecución o de cualquier ataque riguroso: el repliegue sobre sí y la actitud defensiva ante lo que se manifestaba como enemigo. Y esa actitud defensiva se convertía en rechazo de no pocos elementos positivos de las propuestas y de los modelos educativos de los considerados como adversarios.
- Por otra, la búsqueda de protección. La escuela cristiana se ha sentido segura y en paz cuando el poder político le ha brindado su protección y apoyo o, al menos, cuando las circunstancias políticas han acallado a sus adversarios y han dejado libre el camino para el desarrollo de la escuela cristiana hasta alcanzar momentos de 'esplendor'. Los tiempos de la Restauración decimonónica y de comienzos del siglo XX y los más recientes del franquismo son claros ejemplos del proteccionismo que comentamos. En ellos, la escuela cristiana se ha sentido a gusto al amparo del poder, ha visto cómo crecían sus efectivos, ha proclamado sin ambages su modelo educativo —falsamente coincidente con el poder político de turno—, pero no ha aprendido a dialogar con sus adversarios, no ha sabido desligarse del proteccionismo oficial, no ha ejercido una sana confrontación con las ideas pedagógicas o con los modelos educativos diferentes al propio, no ha sabido, quizás, vivir a la intemperie ni ha realizado el sano ejercicio de la 'competencia' que no proporciona el poder protector sino la 'lucha' entre iguales.

Estos hechos y estas situaciones deberían hacer reflexionar a los educadores de la escuela cristiana del futuro: una sociedad secularizada y un estado laico no deben ser obstáculo continuo para el desarrollo de la escuela cristiana, pero tampoco van a ser escudos protectores para la facilitación de su acción educadora. La escuela cristiana debe aprender a vivir en una sociedad nueva, diferente. Lejos de llevar consigo siempre el 'síndrome de persecución' o, por el contrario, el correlativo 'com-

plejo de protección', ha de estar atenta a la sociedad y tratar de situarse y de encarnarse lo mejor posible en ella. La fe cristiana exige, por una parte, reconciliarse con la sociedad y con la cultura, lo que significa, entre otras cosas, aceptar sin miedos preconcebidos, sin críticas a priori y sin prejuicios, la cultura de la sociedad en que vivimos; por otra, ofrecerse como una opción educativa, entre las demás, al servicio desde la fe, a la promoción y a la educación de todos. Sabiendo, eso sí, que si es fiel a la fe cristiana en la que hunde sus raíces, no va a ser bien acogida por una parte de la sociedad y de la cultura que descalifican o que ignoran ciertas dimensiones que la escuela cristiana promueve. Pero lejos de vivir y de actuar por el movimiento reflejo de defensa o de busca de protección, ha de estar dispuesta a la confrontación y al diálogo, a la búsqueda común de los mejores caminos para la educación de los hombres y mujeres del mañana, hoy presentes en sus aulas.

La necesaria 'respuesta política' a la discriminación y al acoso políticos no debe hacer perder de vista que su verdadero 'campo de lucha' está en el servicio a la sociedad, en el diálogo con la cultura, en la respuesta nueva a necesidades nuevas, en la búsqueda arriesgada y creativa de modelos educativos nuevos y diversos a los actuales, como diversas y nuevas son las necesidades de la sociedad y de la cultura de hoy.

En este sentido, la escuela cristiana ha de aprender a vivir hoy con la laicidad como característica de nuestra sociedad, no como obstáculo permanente a su misión, sino como dato imprescindible, como 'preámbulo' para la educación en cristiano que ella quiere ofrecer. La escuela cristiana debe descubrir el valor de lo laico y de lo secular, pues es en medio de un mundo así, y no en mundos y en sociedades pertenecientes al pasado, donde ha de ejercer su misión educadora.

3. Un talante más bien «clerical»

Otro de los elementos característicos de la escuela cristiana a través de la historia es el peso que ha ejercido su carácter

o su talante clerical. Históricamente se puede afirmar que el apelativo de 'congregacionistas', aplicado a las escuelas cristianas de antaño o la expresión 'escuelas de curas y monjas', más cercano a nuestro tiempo y a nuestra sensibilidad, refleja la tradicional imagen de las escuelas dirigidas e inspiradas por las Congregaciones Religiosas y de cuán enorme era el peso de éstas en la gestión y en la dirección de las mismas.

Y no es que todos los religiosos docentes fueran clérigos. Muchos de ellos, por el contrario, han realizado desde su fundación una opción laical como condición imprescindible para una dedicación educativa total, más cercana y más comprometida con el pueblo. Las religiosas, por supuesto, no pertenecen al mundo clerical, y, sin embargo, el carácter 'clerical', 'eclesiástico', ha dominado en gran medida el espíritu y la realización de la educación cristiana. Ello ha sido posible quizás porque la formación de los religiosos y religiosas ha sido hija y deudora de los religiosos clérigos, o porque han vivido una concepción del mundo y de la vida a partir de un modelo demasiado 'monástico' y 'eclesiástico'. Lo cierto es que las escuelas cristianas del pasado han dado esa imagen de centros eclesiásticos más bien que de centros educativos 'insertos en el mundo' y que el tipo de educación impartida en ellas ha estado impregnada de costumbres, hábitos y prácticas derivados más bien de un modelo eclesiástico y clerical que de una visión de la educación a partir de presupuestos laicales. En este defecto han incurrido también las escuelas de los religiosos y religiosas que nacieron con una marcada vocación laical.

No cabe duda de que el carácter congregacional de las escuelas cristianas, es decir, su animación por religiosos y religiosas, es una herencia recibida directamente de la historia. Pero no es menos cierto que también recibieron ese carácter laical, más acentuado, como decimos, en algunas congregaciones y característica fundacional fácilmente olvidada en algunos momentos de la historia.

Es hora, por tanto, de recuperar y desarrollar el carácter laical de las escuelas cristianas, y no sólo urgidos por la importancia

que se conceda a los seculares, debido, entre otras cosas, a la disminución creciente de religiosos, sino como fidelidad a un imperativo histórico, como desarrollo, en muchos casos, del 'carisma fundacional'.

La presencia de los seculares en la animación y en la puesta en práctica del proyecto educativo cristiano puede y debe ser un signo de recuperación de ese carácter laical de la escuela y un imperativo de la acción eclesial en el campo educativo. Es cierto que se nos han adelantado los tiempos y que en muchos casos la apelación a los seculares como elementos clave de la escuela cristiana más parece una 'salida de emergencia' que una convicción profunda; pero es necesario advertir que el pasado de nuestras instituciones, nuestra historia, no debe impedirnos la visión de nuestra realidad presente y futura: por una parte, los religiosos educadores deben redescubrir su 'identidad' laical y secular; por otra, deben actualizar el carácter laico de la Iglesia; ese carácter que siempre ha tenido la Iglesia aunque no haya sido ejercido en la mayor parte de las épocas de su historia. Pues bien, es necesario reconocer que hoy y mañana uno de los ámbitos de compromiso de los seculares cristianos puede ser la educación cristiana. Desde aquí podrá lograrse, por una parte, una mayor y más auténtica encarnación de la fe cristiana en el mundo, en la sociedad y en la cultura; por otra, una evangelización entendida y vivida desde la mundanidad y la secularidad. Sólo una escuela que acepta la laicidad, también en sus educadores seculares, puede ofrecer garantías de autenticidad cristiana y educadora en el futuro.

4. Entre ricos y pobres

La historia de la escuela cristiana ha tenido que afrontar también la acusación del elitismo. En su proceso de crecimiento y en la imagen que, sobre todo en ciertas épocas, ha mostrado al exterior, la escuela cristiana ha sido acusada de favorecer la educación de las clases más acomodadas, de cultivar cierta predilección por los ricos y, sobre todo, de contribuir así a la perpetuación del sistema de clases establecido. Hecho este que,

atribuido a toda escuela integrada en el sistema, ha parecido más 'típica' de ciertos colegios religiosos enclavados local y espiritualmente en 'el corazón de los ricos'. Esta imagen elitista ha podido ser alimentada por la propia escuela cristiana, satisfecha y hasta orgullosa de los éxitos académicos primero y profesionales y aun políticos después, conseguidos en sus alumnos, miembros de las categorías profesionales más prestigiosas.

Todavía hoy, buena parte de quienes miran desde fuera a la escuela de los religiosos acentúan el carácter 'privado' de su educación y de su enseñanza, identificando, sin más, lo 'privado' con lo especial, lo no común, lo caro y lo elitista.

Es de rigor reconocer que esta acusación ha sido una realidad que ha afectado a buena parte de las escuelas congregacionales; y que la acusación de que hablamos, aun no siendo característica identificadora y generalizada de estas escuelas, ha contribuido a hacerlas menos creíbles, sobre todo ante ciertos grupos sociales y ante corrientes políticas de signo popular y socializante.

Pero también en esta dimensión es necesario echar una mirada a la historia, no ya a los remotos orígenes de la escuela cristiana medieval o renacentista, sino al nacimiento de buena parte de las Congregaciones Religiosas docentes. Estas han surgido desde una aguda sensibilidad ante los problemas sociales: la ausencia de cultura mínima, de alfabetización y de educación en las clases más desfavorecidas por la dinámica del sistema social. Dicho sistema, favorecedor sobre todo de las clases nobles y de la burguesía, dejaba en el abandono a cuantos carecían de medios económicos y de sensibilidad y oportunidad para una educación siquiera elemental y mínima.

Antes de que la política educativa surgida de los estados modernos —a partir de la Ilustración y del liberalismo político y económico—, y antes de que el socialismo mostrara su preocupación por las clases obreras y populares, las Congregaciones Religiosas habían desplegado una acción educadora cuyo alcance se dirigía prioritariamente (en muchos casos ese fue su

origen y su 'carisma fundacional') a las clases más desfavorecidas económicamente. La historia de las escuelas cristianas está, pues, ligada a la historia de la educación de las clases populares.

Es cierto que luego se desarrollaron los sistemas educativos nacionales; que los Estados asumieron como propia una labor realizada antes por grupos sociales que, desprovistos de interés político, acentuaban sobre todo su carácter de servicio; es cierto también que el favorecimiento, en ciertos casos, de la educación llamada privada por parte de las administraciones públicas, facilitó la tendencia a la educación de las clases burguesas; es cierto, finalmente, que la elevación socioeconómica de las clases sociales más bajas, a partir de la segunda mitad del siglo XX, hizo perder el carácter marcadamente popular de muchas escuelas cristianas y les llevó al 'contagio' de cierto aburguesamiento.

Pero no es menos cierto que muchas escuelas cristianas continuaron su labor callada junto a las clases más desfavorecidas; que no pocas Congregaciones renovaban su carácter de servicio a los más pobres y que nacían otras, preocupadas por los que en el ascenso social y económico de las sociedades modernas, quedaban 'al margen' del desarrollo, de la cultura y de la educación. Podríamos enumerar la obra educadora nacida con vocación de servicio al mundo obrero, al mundo rural y a cierto tipo de poblaciones marginales.

En época reciente, desde hace unas décadas, las Congregaciones Religiosas han venido acentuando, mucho más en términos programáticos y de discurso quizás, pero también en el campo de las realizaciones concretas, una clara y decidida opción por la justicia y por los pobres. Quizás movidas por un alto grado de 'mala conciencia' interna, quizás impulsadas por el descubrimiento de realidades socioeducativas nuevas y duras, quizás a causa de los imperativos éticos de la fe cristiana o quizás, finalmente, por una necesaria y querida 'vuelta a los orígenes' de muchas de ellas, las escuelas cristianas se sienten hoy interpeladas 'por los pobres', y en no pocos casos trazan

planes de 'conversión' hacia una educación en la que la justicia social es uno de sus principios capitales.

El recuerdo del pasado, en este campo, puede devolvernos a la realidad presente —y futura—, pero teniendo en cuenta algunas dimensiones ausentes quizás en los planteamientos educativos de épocas anteriores, sobre todo en los aspectos socioeconómico y cultural. En este sentido hemos de considerar que:

- a) La 'llamada de los pobres' y el compromiso con los más necesitados son una urgencia y un imperativo para las escuelas cristianas de la hora presente. Pero ha de entenderse este compromiso con los pobres desde una perspectiva global: no se puede aislar a los pobres de su contexto amplio ni se debe ignorar que la pobreza es una realidad creada por la riqueza, es decir, por las estructuras socioeconómicas injustas. El compromiso educativo por los pobres debe situarse, pues, en una dinámica crítica estructural, de búsqueda de un tipo de educación que no sea aquiescente con el sistema en unas escuelas y crítico con el mismo en otras. Es la concepción misma de la educación para una sociedad nueva lo que debe inspirar a las escuelas cristianas del presente y del futuro. Es todo el contexto económico y social y la cultura dominante los que deben sentirse aludidos por las 'preferencias' hacia los pobres. Estos, en el campo de la educación, como en otros ámbitos de la vida humana, no pueden ni deben ser aislados de su contexto. Valga esta reflexión para todas las 'experiencias' y los compromisos de las escuelas cristianas en los 'terrenos duros' de la acción socioeducativa, sobre todo en la acción con los grupos marginales.

- b) La escuela cristiana debe recuperar ese sentido histórico de la denuncia social sobre la situación estructural de injusticia. Si en los orígenes de algunas Congregaciones Religiosas no se hacían planteamientos en los términos en los que se hacen hoy —obvia consecuencia de la evolución de los tiempos— lo que no estaba ausente era la denuncia. La escuela cristiana, como fidelidad a sus orígenes, debe hoy pro-

mover una educación que sea crítica, no acomodaticia y no integrada en la 'trampa' del sistema. Para ello, quienes puedan trabajar con un margen de libertad en relación con dicho sistema, pueden tener mejores y más claras oportunidades de ejercer, de hecho, esa denuncia; quienes, la mayoría, estén dentro del sistema, es necesario que se replanteen qué tipo de educación tratan de promover, entre los pobres y entre los ricos: una educación que tienda a una mayor y mejor toma de conciencia de la realidad actual, que favorezca un conocimiento riguroso y crítico de la sociedad y que proporcione una oportunidad para la emergencia de personalidades que sean capaces dentro de la propia institución educativa primero y en el conjunto de las instituciones sociales después, de proclamar y de realizar las necesarias reformas dentro del sistema.

5. La fidelidad al «dinamismo profético» y la dependencia del sistema

Muchas de las escuelas cristianas nacieron con una clara vocación profética: su encarnación entre las clases populares y más necesitadas suponía una denuncia, más con los hechos que con las palabras, de una situación injusta: el abandono cultural y moral de ciertas clases sociales. Pero también, el anuncio, adelantándose a los tiempos, de la necesidad, de la posibilidad y del derecho de una educación necesaria para el desarrollo personal. Bastantes Congregaciones Religiosas docentes nacieron antes de que los estados modernos asumieran la educación y la enseñanza como una función propia y antes de que se crearan los sistemas educacionales nacionales.

Pues bien, cuando la educación y la enseñanza se convierten en parte integrante de la función pública de los estados modernos, las escuelas cristianas gozan de cierta autonomía y disfrutan de algunos privilegios, debidos al hecho de su existencia previa a lo que luego el Estado denominó como escuela pública. Y como efecto del proceso de secularización de la enseñanza, las escuelas congregacionistas son obligadas a asimilarse

a las escuelas públicas en lo que a exigencias académicas se refiere. En este proceso de asimilación e integración, las escuelas cristianas atraviesan por fases diferentes:

- En un primer momento se produce una resistencia a integrarse en el sistema por miedo a perder ciertos 'derechos adquiridos' por la práctica y tolerados por el poder civil: las polémicas en torno a la exigencia de titulación académica de los profesores de las escuelas privadas, la supresión del derecho a realizar sus propios exámenes y otros 'privilegios' son objeto de la lucha secularizadora a comienzos del siglo XX en España. Esta lucha es prueba de la resistencia de la escuela privada, y también de la escuela cristiana, a acomodarse a las exigencias del sistema. Es una resistencia que no refleja, en principio, el miedo a la posible pérdida de su identidad como escuelas, sino al forzado abandono de algunas prácticas académicas concretas.
- Pero el triunfo más o menos amplio del proceso de secularización de la enseñanza obliga a las escuelas privadas a realizar su integración formal dentro del sistema. Y entiéndase por esa 'integración' la aceptación del orden pedagógico formal vigente y el cumplimiento de la normativa jurídica emanada del Estado, no su conversión en escuelas estatales o públicas. Luego, progresivamente, casi todas las escuelas cristianas van aproximándose a las escuelas del sistema nacional, primero según el modelo de 'escuelas libres', luego como 'subvencionadas' y, actualmente, bajo la forma de 'conciertos escolares'. La dependencia del sistema se hace cada vez mayor: hasta puede afirmarse que ha existido poca diferencia, en las últimas décadas, entre el modelo formal exigido por las programaciones curriculares de las escuelas públicas y el ofrecido por las escuelas cristianas.

El análisis de la realidad socioeconómica de los pasados años, y sobre todo hoy, no deja lugar a dudas acerca de la necesidad de esta integración, debida a razones jurídicas, a imperativos sociales y a necesidades económicas. En los últimos tiempos era la propia supervivencia de las escuelas cristianas lo que

estaba en juego, así como la posibilidad de seguir dedicándose a las clases sociales menos favorecidas, lo que ha motivado su financiación y, correlativamente, su dependencia del Estado.

Pero esta integración en el sistema, legitimada por el derecho y necesaria, ha podido ser causa, en alguna medida, de la pérdida del carácter original de las escuelas cristianas: y no sólo porque con esta dependencia se pueda ver menos su carácter de 'escuela alternativa', sino porque puede haberse perdido buena parte del dinamismo profético de sus orígenes y de alguna etapa de su andadura histórica. Hay educadores que piensan que, debido a esta dependencia del sistema, la educación que promueve la escuela cristiana está muy próxima a la educación que prescribe el modelo oficial, no tanto en los contenidos del currículo, que es una condición imprescindible para cualquier escuela de hoy, sino en los objetivos reales, no confesados muchas veces en los proyectos educativos, pero actuantes a través de cierto 'currículo oculto', de una eficacia 'educadora' formidable. El riesgo de la burocracia, la preponderancia y el peso real de la preocupación por los éxitos académicos y una tendencia al trabajo 'funcionarial' no son peligros ajenos a las escuelas cristianas concertadas.

Esta especie de sometimiento al modelo educativo formal es asimismo causa de que, ante reformas educacionales como la que se ha iniciado recientemente en España, las escuelas cristianas se muestren críticas en un principio (debido quizás a la falta de dimensión religiosa en la propuesta educativa oficial), pero luego acaban siendo posiblemente fieles reproductoras del 'modelo oficial'. Y quizás los esfuerzos por reproducir dicho modelo mermen las fuerzas para impulsar otros modelos de servicio a la educación que sean más fieles con el carácter profético y crítico de la escuela cristiana.

Ya sabemos que no es posible salirse del sistema vigente ni crear una escuela paralela y alternativa, pero sí podemos decir que el demasiado sometimiento a las exigencias estructurales y formales que presenta el Estado pueden matar las iniciativas

necesarias para impulsar una educación nueva que, entre otras cosas, debe:

- Reconsiderar cuál debe ser la opción educativa fundamental de las escuelas cristianas integradas, según el sentido antes expresado, en el sistema. Si toda escuela es parte integrante y, al mismo tiempo, 'cómplice' de los defectos y de las injusticias del sistema socioeconómico y cultural vigente, la escuela cristiana debe promover una 'cultura escolar' diferente, crítica y alternativa. Y eso no se logrará sólo a partir de la enseñanza religiosa o con una educación de la fe realizada en el interior de esas estructuras escolares al servicio de la sociedad y de su perpetuación, sino realizando un cambio en la concepción de todo su currículo como servicio crítico y liberador a la educación del hombre de hoy. Sin este cambio de lo que podemos llamar la 'cultura escolar', sin un 'reequilibrio del conjunto interno de las disciplinas' escolares² que promuevan la liberación humana, la búsqueda de la verdad y una educación moral que vaya más allá de lo formal y establecido por el propio sistema, la escuela cristiana tiene el riesgo de perder buena parte de su identidad educadora.
- Promover opciones que se dirijan a campos educativos urgidos hoy por necesidades sociales apremiantes. Esos campos no cubiertos por las instancias sociales ni asumidos por el Estado pueden y deben ser objetivo prioritario de las escuelas cristianas del futuro. Estas deben plantearse si su dinamismo profético puede ejercerse en el interior de las escuelas tradicionales o si han de buscar otras opciones educativas, menos próximas al modelo escolar formal, pero más acordes con las nuevas necesidades educativas de ciertos grupos sociales.

Reflexión final

Se habla hoy, desde una sociología crítica con la sociedad dominante y con el sistema, del poco poder real que tiene la es-

² Cfr. G. Coq, *L'enseignement religieux à l'école?*, en *Esprit* 147 (1989) 45-49.

cuela, convertida ésta en un elemento más del engranaje social y sometida a la enorme competencia de otros poderes más capacitados para 'configurar' la personalidad de los niños y de los adolescentes según unos intereses económicos, políticos, comerciales. La enorme cantidad de informaciones al alcance del alumno, las propuestas múltiples y contradictorias de valores y de estilos de vida, la gran capacidad de persuasión de los medios de comunicación de masas..., se convierten hoy en competidores, en poderes reales que 'cercan' a la escuela y la manipulan. Y es más, esos competidores no se sitúan sólo fuera de la escuela, sino en su interior.

La situación social y cultural de la hora presente tiene, por eso mismo, poco que ver con el modelo de sociedad que han vivido durante algunos siglos las escuelas cristianas. Y esta evolución afecta, como decimos, no sólo a la sociedad, sino también a la propia escuela. Urge, por tanto, reconsiderar si, en el actual momento histórico, la escuela cristiana, a pesar de la belleza y de la ambición de sus discursos programáticos, no está siendo infiel al presente —y al futuro— porque sigue creyendo que su función en la sociedad es la misma de siempre o porque no se da cuenta de que esta sociedad nueva invade el espacio escolar y lo convierte en un 'espacio diferente'. La escuela cristiana deberá ser consciente de su limitación, pero también de su grandeza: debe saberse una parte, quizás pequeña en el conjunto de poderes y de fuerzas sociales, pero, al mismo tiempo, una fuerza decisiva e influyente siempre que intente, con humildad y valentía, hacer valer su poder y sepa ejercerlo desde una voluntad permanente de servicio a los educandos de hoy.

La escuela cristiana su encuentra, pues, ante un reto histórico nuevo cuya respuesta no puede dar ella sola, sino en unión, que no en connivencia, con la sociedad en la que está inserta; pero cuya respuesta tampoco será posible si se deja 'invadir' por las respuestas de los otros.

Las escuelas cristianas, que han sido capaces de anticiparse en momentos históricos a la hora de dar respuestas necesarias

a problemas urgentes, deben hoy no detenerse en el paso de la historia, sino ejercer esa 'anticipación' educadora. La fe cristiana será instancia crítica e impulso profético para diseñar su proyecto educativo en el futuro.